

La contaminación informati-
va, entre otros apartados, es un
capítulo muy interesante en las
digresiones de Juan Maestre.
No en vano los ecologistas lu-
chan continuamente contra la
manipulación de las informacio-
nes y, sobre todo, de los proble-
mas y su interpretación. **Hacer
ecología** es, como saben los mi-
litantes, construir un entorno
distinto, luchando contra las
concepciones hechas y las políti-
cas democráticamente impues-
tas. ■ PEDRO COSTA MORA-
TA.

"A favor de las niñas"

Mucho "igualdad de la mu-
jer", pero la verdad es que no
se les ve un detalle a los pode-
res machistas: aquí y en la Co-
chimbamba. La mujer no sólo
está explotada en el trabajo o
en la cama: desde pequeña se
le programa a conciencia para
que no chiste, o chiste dentro
de los límites permitidos. Como
a todo hijo de vecino, pero más.

"A favor de las niñas", de
Elena Gianini Belotti (1), es un
libro que va resueltamente con-
tra este estado de cosas. Y no
embiste desde una perspectiva
de desmeleno emocional, sino a
partir de actitudes y hechos in-
controvertibles, cotidianos. Be-
lotti es directora del Centro
Nascimentos Montessori y pro-
fesora en la Escuela de Asisten-
tes de la Infancia Montessori.
Sabe, por tanto, de qué habla
cuando pretende demostrar que
los papeles "masculino" o "fe-
menino" no son innatos, sino
que derivan de una larga y tre-
menda práctica de opresión so-
cial, de una división urdida des-
de el poder y para la perpetua-
ción del poder: es decir, la per-
petuación de la opresión.

(1) Monte Avila Editores. Caracas.



La tesis, si nos ponemos en
plan científicista y redichete, no
es nueva, puesto que ya a fines
de la década de los cuarenta
Simone de Beauvoir venía a de-
cirlo en "El segundo sexo", li-
bro que ni mucho menos está
tan "superado" como los "su-
perotas" de turno aducen. Pe-
ro lo del científicismo es una
memez si tenemos en cuenta
que lo que Belotti hace es de-
mostrar con hechos probados el
feo sesgo de la realidad. Y no
se limita sólo a una descripción
fenomenológica de comporta-
mientos captados en la labor pe-
dagógica: antes bien, se remon-
ta a los mitos que subyacen ya
en la espera del hijo, espera en
la que siempre el varón es pre-
ferido y la hembra no está bien
vista, ni siquiera como hipóte-
sis: que si va a ser niña la ma-
dre sufre más en el parto, que
si un niño varón es como un
triunfo sobre Artejerjes, etc.

Desde que nace, la niña va
de cráneo, y para mayor inri se
le dora la pildora. La limpieza
de la niña tiene un no sé qué
de secreto, de "pudoroso", de
prohibido, que no tiene la del
niño. Los mitos antifemeninos
van acumulándose, la niña va
siendo castrada con tenacitas
rosa.

La chavalería juega. Los pa-
dres están todos de acuerdo en
que jugar es sano y exalta las
potencialidades imaginativas y
todo ese bla-bla-bla. Sin embar-
go, a la niña no se le permite,
aconseja o encauza a jugar con
los mismos juguetes o a los mis-
mos juegos que a su hermano.
Todos los "hajitos" tienen en la
actualidad pocas posibilidades
de mover el esqueleto y marcar-
se unas expansiones cabales, en
núcleos urbanos como los que
se les obliga a padecer. Y, sin
movimiento, la curiosidad, la
inteligencia se atrofian. Pues
bien, la niña tiene prohibidos
una serie de movimientos "pro-
pios de niños". Y si una niña
transgrede la regla y se mues-
tra más brutota que su herma-
nito y amiguitos, entonces éstos
la tratarán de niño, le negarán
su identidad de niña, la ridicu-
lizarán. Se ponga como se pon-
ga, la niña queda frustrada. Y
así va creciendo. Cuando lee
literatura infantil, tampoco la
cosa es paritaria. Ya se palpan
las ganas de crear una literatu-
ra infantil menos insana, pero
los frutos habrán de esperar en
cuanto a capacidad de difundir-
se socialmente. A este respecto,
la visión que Belotti da de las
fábulas clásicas puede ser, en
un sentido literario, restrictiva,
pero resulta incontestable en
cuanto reflejo exacto de su ope-
ratividad en la división sexista
practicada por los aparatos
ideológicos del poder: "Caperu-
cita Roja —dice por ejemplo— es

la historia de una niña en el
límite de la insuficiencia men-
tal, que es enviada por una ma-
dre irresponsable a atravesar
bosques profundos infestados de
lobos, para llevar a la abuela
enferma una cesta llena de pas-
teles. Con similares presupues-
tos, su fin no sorprende del to-
do. Pero tanto atolondramien-
to, que jamás hubiese sido atri-
buido a un varón, reposa ente-
ramente en la certidumbre de
que se encuentra siempre en el
lugar justo y en el momento re-
querido un cazador lleno de co-
raje y agudeza, listo para salvar
del lobo a la abuela y a la ni-
eta". Claro que, como bien anota
Belotti, esto, en comparación
con la "tele", nada.

Y el plato fuerte del libro es-
tá en lo que cuenta de las insti-
tuciones escolares, donde la dis-
criminación es ya frenética:
desde la practicada por los
maestros, hasta la reproducida
por el grupo dominado por el
machismo, hasta el control de
la creatividad para que no se
extralimite (a los seis años, dice
Belotti, la mayoría de las niñas
ya no pueden crear). La cosa
va en progresión geométrica: la
adolescente carece de los mis-
mos estímulos que el adolescen-
te; sólo la estúpida sobrevivirá
sin aparentes traumas: conver-
tida en trauma viviente, pasará
inadvertida, se habrá completa-
do en ella la programación.

No resulta ocioso, y hoy me-
nos que nunca, hacer preguntas
Inocentes como ésta de Belotti:
"¿Por qué la niña se preocupa
por cerrar la puerta que se gol-
pea (2), mientras que el varón
ni siquiera se da cuenta de
ello?". ■ MIGUEL BAYON.

(2) La traducción resulta a menudo
confusa y torpe; es sólo un ejemplo,
pero, ¿qué hace la puerta golpeándose?
¿es masoquista?

¿Qué es una loca?

Una loca es una especie de
quimera o de hipogrifo, un ani-
mal mitológico o tal vez la
expresión más o menos acerta-
da de una idea: la que la loca
tiene de sí misma y del mundo.
Este animal absurdo puede o
no tener un determinado com-
portamiento homosexual; lo
cierto es que parecerá siempre
que lo tiene, aunque haya locas
castas, idílicas y aun platóni-
cas. La loca, tal como se la ve
pasear por nuestras calles al
atardecer, es un fenómeno del
siglo, y no tiene nada que ver
con los pisaverdes, dandys y
adamados del pasado. La loca
es nuestra, producto de nuestra
cultura burguesa, al igual que
los muebles "art nouveau" y
que los grandes almacenes.



Copi.

Después de leer "El baile de
las locas" (1), yo no sé si Copi
lo será o no. Tampoco supe
nunca si era una señora senta-
da que dialogaba con patos,
aunque no lo creo. El caso es
que esta extraña novela descri-
be los meandros del extraño
pensamiento de las locas y de
los maricas "borderliner", con
un vigor y una habilidad que la
hacen muy superior a cualquier
texto con pretensiones de seriedad
y profundidad. Se trata,
desde luego, de un libro escrito
desde dentro, desde los meandros
y recovecos de un cerebro
de la última mitad del siglo
veinte: un cerebro inundado de
hashish y vodka con naranja,
que oculta su racionalidad bajo
una brillante capa de delirio, y
que delira razonablemente
mientras se escinde en gritos
de dolor reprimidos en su sillón
de ejecutivo. No hay nada de
ficticio en este libro, que es so-
bre todo ficción; se trata de un
largo viaje por el espacio inter-
no de toda una cultura margi-
nal —que no marginada—, que
acusa con agudeza las contra-
dicciones, a veces divertidísi-
mas, de nuestra despilfarradora
y multicolonizada sociedad.

Aparte de todo esto, "El bai-
le de las locas" es una novela
muy divertida: dotado de un
humor bilioso a veces, otras dis-
tante, como el de un hombre
confuso que contemplase el
mundo a través de unas gafas
facetadas e interpretase gracio-
samente el calidoscopio resul-
tante. Copi descompone la reali-
dad del multiverso en planos de
sueño y vigilia, de amnesias fas-
tuosas y lucidaces sombrías, cu-
yo contraste nos hace reír. Rei-
mos con una risa amarilla, con-
gelada, como el hombre que ríe
en el momento de ser picado
por una viuda negra, y que con-

(1) Anagrama.